en contra

Votamos sin que nos lo pidan. Total, estamos en buena compañía. Tampoco las Naciones Unidas pudieron decir lo suyo.

Nos sumamos a la corriente mayoritaria en el mundo que se opone a la guerra en Irak. Guerra, además, que ni siquiera hace honor al nombre, dada la diferencia abismal en las capacidades de cada quien, que la convierten, más bien, en una campaña militar unilateral con final conocido.

Como tantos, nos oponemos a esta guerra pese a que despreciamos y condenamos a Saddam Hussein y todo lo que él significa. Un hombre que usó armas químicas y biológicas contra sus propias minorías, que invadió y pretendió anexarse Kuwait y que no ha tenido el pudor de reelegirse con el 100 por ciento de los votos (¡ni uno menos!), no puede recibir sino la condena de la humanidad y la necesaria presión política que ayude a su derrocamiento.

No negamos tampoco el derecho y hasta la obligación de la comunidad internacional de intervenir por la fuerza para evitar el sufrimiento de los pueblos o para conjurar graves amenazas a la paz mundial. Cuánto nos hubiera gustado, por ejemplo, que el genocidio de Rwanda, en el que un millón de personas perdieron la vida, hubiera sido evitado por la fuerza. Pero esas situaciones extremas que legitiman la intervención militar deben ser sumamente claras e inequívocas y realizadas en el marco de Naciones Unidas.

En el caso de Irak, la urgencia de la intervención, la magnitud de la amenaza y el agotamiento de las vías pacíficas distaban mucho de estar demostrados. Parece más bien haber en este caso razones e intereses complejos y superpuestos. Está, sin duda, el desafío planteado por Saddam que aparentemente no ha cumplido como debe con el desarme que Naciones Unidas le ordenó, pero también parece haber mucho de necesidad de reafirmación nacional luego de los atentados del 11 de setiembre; asimismo, intereses geopolíticos estratégicos vinculados al petróleo y al conflicto en el Medio Oriente; e incluso, al decir de muchos, hasta obsesiones personales de acabar con la "misión" que el padre no pudo completar en su momento.

Pero Estados Unidos es mucho más que la actual y errada obsesión de sus líderes con Irak. Es quizá la nación del planeta donde florece con mayor riqueza y libertad una pluralidad de ideas y actitudes frente a la vida. Hay, además, muchísimos norteamericanos que se oponen a esta aventura a todas luces contraproducente.

En nuestra modesta opinión, a los Estados Unidos tampoco le conviene la guerra. Primero, porque la nación más poderosa del mundo está perdiendo con ella autoridad moral en el escenario internacional y aislándose políticamente. No es justo que el grito de *Le Monde* del 11 de setiembre, "Todos somos americanos", se convierta tan pronto en el veto de Francia a una guerra que el mundo condena. Pierde también en términos de seguridad y tranquilidad. En los próximos años el riesgo de ataques terroristas a territorio norteamericano y a sus ciudadanos en el mundo crecerá como la espuma con la indignación y el odio que se están generando, sobre todo en el mundo árabe.

El siglo XXI no comienza nada bien. Ojalá que la humanidad pueda revertir el destino que parecen marcarnos el 11 de setiembre y ahora la guerra en Irak.

A propósito: ¿cómo "vota" nuestro gobierno? Si nos guiamos por el intencionalmente críptico comunicado de nuestra Cancillería, no estamos, como país, ni a favor ni en contra sino todo lo contrario. ¿No seremos acaso uno de los quince países que apoyan desde la clandestinidad a los Estados Unidos, conducta surrealista revelada por las propias autoridades norteamericanas? En una democracia los ciudadanos tenemos